

ENCUENTRO DE REFLEXION EPISCOPAL
Medellín Julio 10. Agosto 10.

DOCUMENTO # 4

MEDITACION SACERDOTAL SOBRE EL MARXISMO

P. Pierre Bigó

(Nota: El presente informe considera al marxismo tal como fue expresado en las Obras de Marx y de Lenin. Cómo interpretan* el marxismo aquellos que se refieren a ello explícitamente? Cómo se realiza de hecho en los países socialistas? Son problemas que hay que estudiar en cada caso, y que no se tratan directamente en este informe. Es obvio que elementos nuevos se introdujeron en el pensamiento y en la práctica del marxismo, pero ninguna revisión explícita de la doctrina de Marx. Por ende, tratando de discernir en esta doctrina su afirmación y su negación, el testimonio cris-
tiano tiene todavía actualidad).

Haremos primero una constatación: muchas veces, los cristianos confunden los planos en vez de establecer una auténtica comunicación entre ellos. Politizan el Evangelio: absolutizan la política, para así decirlo.

Nuestra reflexión, más bien nuestra meditación, se mantendrá enteramente en la perspectiva global de la existencia que es la del cristianismo. No estamos en el plano en el que se sitúa legítimamente el Partido democrata cristiano o cualquier otro partido. Estamos en el plano propio del cristiano, es decir, del hombre en toda su dimensión, -plano que tiene relación con la política, pero no es directa y simplemente política. No llegaremos a ninguna opción política determinada: esto probaría que hemos salido de nuestra perspectiva propia.

I - El marxismo cuestiona al cristiano: rectifica su visión del mundo, hace más penetrante su percepción del momento histórico y del hombre mismo. Esto en el propio plano en que se mueve el cristiano.

1. Partiremos no de un concepto, sino de una realidad, que determina la existencia del hombre y la historia actual: la clase social.

Uno se pierde en un laberinto cuando trata de seguir la sociología en sus análisis de los "estratos sociales".

Pero hay una realidad que nadie puede negar: la existencia de un conflicto entre los hombres de hoy, que es un conflicto de clases. Se observa en esta tensión universal una bipolaridad que nos permite definir la clase de modo más acertado que los análisis conceptuales.

La clase es la realidad que hace que sobre todos los grandes problemas actuales más candentes, las reacciones masivas de unos y otros sean opuestas. Tomando ejemplos en la realidad de hoy: unos están en pro del Vietnam del Sur, otros del Vietnam del Norte. Unos en pro de Israel, otros de los árabes. Unos del rey Hussein, otros de los palestinos... Se podría alargar la lista. Esto es la clase: una realidad psicosocial que impulsa los hombres en sentido opuesto, que provoca juicios masivos los cuales no provienen solamente de la razón, sino de emociones, de intereses, de solidaridades, de agresividades. En este sentido, la clase existe, y no solamente existe, sino que condiciona y muchas veces determina las posiciones políticas nacionales e internacionales.

Hay que insistir sobre el carácter universal de esta realidad: nadie escapa a ella. Todo hombre es de una clase social. Un cristiano piensa que es posible superar sus reacciones emocionales para llegar a criterios racionales, pero no puede pensar que sea fácil: supone un discernimiento permanente de las solidaridades y agresividades de clase que influyen sobre sus juicios y sus actuaciones, ya que ellas son en gran parte inconscientes.

El marxismo, interpreta el fenómeno de la clase de manera estricta, en función de las relaciones de producción que nacen de lo que llamamos hoy la "sociedad industrial: el materialismo dialéctico consiste precisamente en afirmar que la "superestructura" (es decir el mundo de valores a los cuales se refiere cada clase en sus posiciones) está determinada por la "infraestructura" (es decir el modo como se sitúa cada uno en relación capital-trabajo). En otras palabras, las reacciones de clase se explican por la situación de cada uno con respecto a la propiedad privada.

No se puede negar una gran parte de verdad en esta intuición. Si se entiende por propiedad privada, no la propiedad del ingreso del trabajo, sino la propiedad en cuanto es reserva y poder de autoacumulación a partir de una inversión, la clase social se define por la situación de propiedad. La humanidad se divide entre los que, por tener un capital, tienen una reserva y un poder, y los que, por tener solamente un salario, es decir un ingreso proporcional a su tiempo de trabajo, no tienen ninguna reserva, sino más bien una reserva negativa de deudas. Incluso se puede seguir el marxismo cuando considera al mundo de los asalariados como el núcleo básico en la bipolaridad de las clases, siendo los campesinos, los artesanos, los pequeños empresarios o comerciantes, aliados del mundo obrero, por tener recursos muy escasos y precarios, pero aliados ambivalentes, por tener una propiedad, una forma de capi-

tal. También se puede pensar, con el marxismo, que el mundo de los dueños del capital (no necesariamente los accionistas, sino los que son efectivamente dueños de la distribución del capital) constituye el núcleo básico de la otra clase, siendo para ellos los altos mandos, los altos funcionarios aliados ambivalentes.

El único punto en que diverge el cristiano, lo veremos, es que los valores se definen por la situación de clase: hay un mundo de valores independientes, y todo hombre, por un esfuerzo arduo para referirse a estos valores, puede superar el impulso que proviene de sus intereses de clase: con tal que haya percibido hasta que punto este impulso lo condiciona: puede no ser determinado por ello.

2. Si hay una realidad de la clase, fuente universal de conflicto en el momento histórico que vive la humanidad, es obvio que el cristiano puede, más bien debe acceder al ideal de una sociedad sin clases: en el sentido de una sociedad en la que todos se salvan en común, en la que algunos no tengan la posibilidad de resolver sus problemas por medios de "propiedad" que no están al alcance de todos. Ya Juan XXIII abrió este camino cuando dijo en su Encíclica Mater et Magistra, que el trabajo debe constituir la fuente fundamental del ingreso.

Sería utópico pensar (y el marxismo no piensa) que las desigualdades de ingreso pueden abolirse completamente: toda sociedad realista debe recompensar el esfuerzo de trabajo y aún el ahorro personal. La búsqueda de un mejoramiento de su situación familiar por parte de un hombre es legítima y fuente de enriquecimiento para la sociedad, el socialismo lo reconoce implícitamente. Es utópico pensar que el hombre puede motivarse únicamente por incentivos colectivos: la realidad de los países socialistas lo prueba abundantemente.

Pero no es utópico, es realista, pensar que la propiedad privada en cuanto llega a ser no un medio de libertad, sino una fuente de poder, en cuanto llega a ser privilegio, debe ser estrictamente controlada, para no provocar la división de la sociedad en clases.

3. La constatación de un conflicto de clases y la meta de una sociedad sin clases, lleva a otra conclusión: la necesidad de organizar la legítima defensa de la clase oprimida, contra la clase dominante, no solamente para llegar a una nueva estructura social en la que la propiedad privada no se constituya en fuente de acumulación y en poder en la sociedad, sino para proteger, en la nueva estructura, el pueblo (como clase) contra las tentativas de reconstruir los privilegios que derivan ilegítimamente de la propiedad.

Los documentos de Medellín (Comisión Paz) son muy explícitos a este respecto. "La concientización y la organización del pueblo" son la esperanza de una nueva sociedad. Incluso se puede pensar que no logrará su efecto sino con el apoyo decidido

del poder, a nombre del bien común, cuyo factor esencial lo constituye el fin de la explotación de una clase por otra. En este sentido, la organización de cierta lucha de clase es la conclusión de la constatación de un conflicto en el que una clase está en situación dominante, otra en situación de explotación. Un cristiano reconoce que el pueblo está amenazado injustamente por el poder ilegítimo que nace de la propiedad privada y debe defenderse contra esta amenaza con la ayuda del poder legítimo actuando a nombre de la justicia y del bien común. Reconoce que hay que romper en la sociedad cierta estructura de clase, cierta estructura de poder.

Estas tres conclusiones, la existencia de un conflicto de clases, la meta de una sociedad sin clases, la organización de la legítima defensa de la clase oprimida, no pueden fácilmente llegar a la conciencia de la clase que tiene el poder, la riqueza y la cultura. En efecto, la clase social, si es una realidad, no es consciente por parte de los privilegiados. Las explosiones de rebelión del pueblo les sorprende y les indigna, porque no viven la "injusticia institucionalizada" como injusticia. No se sienten de ningún modo en lucha violenta, cuando de hecho lo son, por el solo ejercicio de sus privilegios. Esta inconciencia hace parte de su situación.

Ella obliga a la Iglesia a un serio cuestionamiento. Todo sacerdote como todo cristiano tiene que interrogarse. Si es verdad que la clase social es una realidad universal, a la cual nadie escapa, en la cual nadie puede ser árbitro, de qué clase somos? Cuáles son nuestras reacciones y posiciones espontáneas ante los grandes acontecimientos que dividen la humanidad? Por supuesto, pensamos que un sacerdote o un cristiano, con la gracia de Dios y la fuerza del espíritu, puede superar sus reacciones de clase, pero no se puede pensar que sea fácil.

Ahora bien, por razones sociológicas, diversas que habría que analizar, quizás por participar en algún modo en los privilegios de la cultura, de cierta riqueza y de cierta forma de poder, o por lo menos por depender de los privilegiados en su vida y en sus obras, se manifiesta en la Iglesia cierto peso que la impulsa en el sentido de mantener estos privilegios. Es la parte de verdad, en la crítica marxista de la religión. Por supuesto, el Espíritu no ha dejado nunca de expresarse en la Iglesia, liberándola de sus tendencias de clase, no sólo por personalizadas excepcionales, sino por posiciones colectivas, como por ejemplo la defensa del derecho sindical por León XIII en la Encíclica Rerum Novarum, la afirmación permanente que los bienes pertenecen a todos en cuanto su destino en todas las encíclicas, y más recientemente, en los Documentos de Medellín, el reconocimiento explícito de una "dependencia interna y externa" que es una dependencia de clase.

Más allá de estas posiciones oficiales, grupos de sacerdotes y

de laicos, han hecho el salto de la clase, vinculando su destino al del pueblo. No han podido hacerlo sin crear cierta tensión y aún ciertos conflictos dentro de la Iglesia. Cier- to es que su actuación es a veces inhábil o incluso errónea: el cristiano debe superar sus reacciones de clase, no puede participar del espíritu de clase, ni sobretodo introducirse en la Iglesia, corriendo el peligro de romper su unidad. Pe- ro este esfuerzo fue sincero, y aun necesario, en la medida en que trataba de desvincular la Iglesia de sus ataduras con los privilegiados y de hacer eficiente la preferencia bíbli- ca por los pobres.

Es la Iglesia toda la que debe aceptar ser cuestionada por el marxismo sobre sus actitudes inconscientes de clase, pa- ra volver a sus fuentes evangélicas.

II - Si el marxismo cuestiona al cristianismo, a su vez el cristiano, ante el marxismo, da un testimonio, que lo cues- tiona, lo rectifica, lo obliga a ir más allá en el análisis de la realidad y en la comprensión de su propia verdad.

En el diálogo, el cristiano puede recorrer un largo camino con el marxista. Si ambos son auténticos: llegan inevitable- mente a un punto de divergencia: hay dos espíritus. Hablamos aquí de un marxista coherente con el materialismo dialéctico, de un cristiano consiguiente con su fe.

Cuando se trata de definir esta frontera entre el marxismo y el cristianismo, muchas veces se habla de la propiedad pri- vada. Hay que decirlo con fuerza: aquí no está el punto esen- cial de divergencia.

Con más razón, se suele decir que el marxismo se opone al cristianismo por su ateísmo. Este terreno, sin embargo, no nos parece el más favorable para captar nuestra diferencia. En efecto, el dios que rechaza el marxismo es la caricatura del Dios de la fe: esta representación de un señor feudal, imponiendo sus ordenamientos a seres humanos que trata como sus siervos, enviándoles al infierno si no está contento (nunca Marx Engels, Lenin han ido más allá de esta concepción de Dios), la rechazamos con más razón que los marxistas mis- mos, a nombre de nuestra fe. La única figura de Dios, para nosotros, es aquella que hemos percibido a través de la Vida, de la Pasión y de la Resurrección de Cristo, única imagen vi- sible de Dios invisible. Esta figura es la revelación de un amor para con el hombre hasta la muerte. Ahora bien, muchos comunistas respetan a Jesucristo.

Si la fe en Dios no es nuestro punto esencial de divergencia, cuál será entonces este punto. Hay que contestar muy claramen- te esta pregunta, se pena de no poder establecer una relación auténtica con el comunismo.

Partiremos de una afirmación de Marx: "EL comunismo resuelve el problema del hombre y sabe que lo resuelve". Esta afirmación es del joven Marx, pero nunca la renegó. Para el marxismo, el

problema del hombre es el problema político, es decir el problema de la revolución y de la lucha de clases, como él lo concibe. No hay otro problema, no hay otra solución. Una vez realizada la revolución, termina toda alienación. Las relaciones entre los hombres vuelven a ser diáfanas y limpias. Para el cristianismo, el problema político, de la revolución y de la lucha de clases, es sólo un aspecto, muy importante, quizás en ciertos momentos históricos el más importante, pero un aspecto del problema del hombre: la política es una dimensión esencial de la existencia, no es toda la existencia. Aquí, lo creemos, estamos en el punto neurálgico de nuestra oposición.

La realidad de la clase existe. Es el signo de una injusticia social. Hay una opresión. Hay que organizar la legítima defensa de la clase oprimida. El poder a nombre del bien común, tiene la responsabilidad de ayudar a la clase oprimida en la realización estable de su legítima reivindicación: una sociedad sin privilegios de clases.

Sin embargo, la clase no es la realidad única. Esta iniquidad no es la iniquidad en sí, hay otras iniquidades. Es una iniquidad porque contradice una ley de justicia que no define la clase. Aquí está el cuestionamiento esencial del marxismo por el cristiano.

La justicia es una palabra que no figura en el vocabulario marxista. El cristiano piensa que esta referencia es esencial en la existencia social, y puede sola dar su coherencia y su rectitud a la intuición fundamental del mismo marxismo.

La posición marxista es perfectamente coherente con el materialismo dialéctico, fundamento filosófico del marxismo: si no hay ninguna trascendencia inmanente en la existencia (la fe cristiana es precisamente la afirmación de una trascendencia inmanente, es decir de un Dios que se manifiesta por su "humanidad" por así decirlo) si no hay ninguna trascendencia, la existencia del hombre se reduce a su vida temporal: no tiene otro fin que bienestar material y social, y la revolución política llega a desempeñar en la existencia la función que tiene la redención en la concepción cristiana. La rebelión contra la injusticia puede ser un deber en la perspectiva de la redención pero nunca define por sí sola los términos de la salvación. Para percibir la amplitud exacta de esta divergencia, pese a todos los puntos de convergencia, hay que analizar las consecuencias que se derivan de esta posición marxista fundamental.

1. La primera consecuencia es una nueva definición de la moralidad. No digamos de ningún modo una amoralidad: los comunistas muchas veces dan ejemplo de abnegación a los cristianos, lo que prueba que tienen una norma de conducta exigente. Pero definen de otro modo la moralidad.

Sobre este punto, Lenin (entre otros grandes marxistas) es

perfectamente explícito:

"Existe una moralidad comunista? si, ciertamente. Se pretende a menudo que carecemos de moral. La burguesía nos reprocha frecuentemente a nosotros comunistas, el negar toda moral. En qué sentido negamos la moral y la moralidad? las negamos en el sentido burgués según el cual esa moralidad deriva de ordenanzas divinas... Toda esa moralidad tomada de concepciones exteriores a las clases e aun a la humanidad, la negamos ... Nuestra moralidad está enteramente subordinada al interés del proletariado, y a las exigencias de la lucha de clases. En efecto, decimos: "la moralidad es lo que sirve para destruir a la antigua sociedad explotadora y para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado, con el objeto de crear una nueva sociedad comunista..."

No puede afirmarse más claramente que el marxismo-leninismo sustituye los criterios de la moralidad (lo justo y lo injusto) por criterios de clase: la dialéctica de clases va hasta definir el bien y el mal.

Cierto es que el cristianismo denuncia con igual fuerza la explotación del hombre por el hombre, de la clase oprimida por la clase dominante. Pero la denuncia no a nombre de una relación de clase, pura relación de fuerza sino a nombre del derecho y de la justicia. La diferencia es considerable.

Para un cristiano, las necesidades de la lucha de clases no definen el bien y el mal. Un cristiano sabe perfectamente luchar. Pero, en su lucha, se refiere permanentemente en los medios que usa, a una norma no escrita de amor mutuo que define el crimen y la inocencia y que constituye una última instancia de humanidad de la cual no se puede nunca hacer abstracción.

Para un cristiano, el pueblo, como clase, no es la última instancia en cuanto a determinación de lo bueno y de lo malo. Tampoco puede hacerse una discriminación de los hombres en buenos y en malos según su situación de clase. Pues la iniquidad tiene su fuente en el corazón humano, y el pueblo puede también ser injusto en sus juicios y en sus actuaciones.

Para un cristiano, un hombre tiene derechos, por cualquiera que sea el lado de la barrera de las clases en que se encuentra. Queda un sujeto. No puede nunca tratarse como un objeto, que se destruye, como un comportamiento que se desfalca.

Para un cristiano, los convenios en el diálogo y en la convivencia tienen valor: no se puede borrar un compromiso por la sola razón de estar más eficaz en la lucha revolucionaria.

Para el marxismo, por el contrario, frente a la acción revolucionaria no hay valor que subsista, porque esta acción como la concibe y la dirige el marxismo constituye una totalidad, "resuelve el problema del hombre". La línea definida por las masas, es decir por el partido determina la verdad. El adversario es el enemigo. Ya no existe nada en él que tenga valor. Ya no hay en él -y en los valores que atestigua- esperanza

alguna. En suma, ya no hay común humanidad: la dialéctica de clase, en su interpretación materialista, llega a producir una escisión radical que excluye de la humanidad por el solo hecho de no participar en la visión política del marxismo. Nunca un cristiano podrá coincidir con el comunista en una sustitución tan radical de los criterios del valor.

De hecho, muchos comunistas, que no son mentalmente marxistas no participan de estas negociaciones y, muchas veces, aun aquellos que son mentalmente marxistas, se apartan en la vida corriente de estas normas de conducta. Digamos más: la idea del hombre que está implícita en la verdad del marxismo condena estas negociaciones. Pero no hay nada explícito en la doctrina marxista que condena estas negociaciones y muchas veces, sobretodo cuando la lucha toma un rumbo violento, estas negociaciones se expresan en actuaciones muy concretas. Entonces, el cristiano hace la experiencia traumatizante del marxismo en lo esencial de su materialismo. Pero esta experiencia concreta es incomunicable: cada uno tiene que hacerla personalmente.

2. La segunda consecuencia de la pretensión del comunismo a resolver la totalidad del problema del hombre es la politización completa de la existencia. Es lógico: si la revolución (definitiva o permanente, poco importa aquí) es la solución misma del problema del hombre, todos los aspectos de la existencia deben ordenarse a este fin.

La información debe ser parcial. La verdad que no sirve a la revolución ya no es verdad. La denuncia debe ser unilateral. Si hay injusticias, crímenes, torturas, no se quiere saberlo, si están por un lado de la barrera. Cuántos años fueron necesarios, aún después de la muerte de Stalin, para que se denuncie la tiranía cuyas víctimas fueron los mismos miembros del partido comunista. Cuántos años serán necesarios para que se denuncien otros tipos de tiranía dentro del marxismo.

La educación debe ser política. Un cristiano piensa también que la educación cívica es parte integrante de la educación total. Además, en América Latina, esta educación cívica no puede ignorar la realidad de la clase y del conflicto de clase. Pero el cristiano no hace de la formación ideológica el fin último que debe determinar todos los otros fines en la educación de los jóvenes y de los adultos.

La reeducación de los adversarios políticos, en la concepción marxista, sobre-todo en China, se destina a cambiarles políticamente gracias a ciertas técnicas eficaces de autoacusación y de acusación de los demás. Si no logra su efecto, la única solución es la eliminación. La ley debe ser una ley de clase, la justicia una justicia de clase, el Estado un Estado de clase, al servicio de la Revolución. El cristiano no niega que las clases oprimidas deben ser defendidas por sus propias organizaciones y por las instituciones estatales contra la amenaza permanente de su explotación. Pero no piensa que la justicia, la ley, el Estado deban definirse por los intereses de una clase, sino por el bien común: la de

fensa de la clase oprimida es un factor del bien común, quizás el más importante, en ciertas circunstancias históricas, no el único.

Las organizaciones de base (cooperativas, acción comunal, sindicatos), la asistencia, el recreo, el deporte, la vida familiar misma, deben ordenarse a la revolución, fin último de la existencia, en la lógica del marxismo.

Las mismas ciencias, la misma filosofía, debe someterse a la ideología. No hay ciencia o filosofía "inocente", neutra. Todas las formas del conocimiento tienen un significado político o no tienen sentido.

Como lo decía con ironía un escritor en Rusia Soviética: "Cuando una flor crece, es un acto político".

Afortunadamente, hay muchas inconsecuencias en la práctica, tanto en los países socialistas como en la vida personal de los comunistas. Se descubre el campo autónomo de la cultura. Quizás, un día, se desubrirá también el campo autónomo de la religión. Pero estas manifestaciones, por muy frecuentes que sean, no tienen ningún fundamento en la doctrina ortodoxa. No pueden justificarse por una doctrina materialista que se encierra en lo temporal. Nada manifiesta de manera tan clara la necesidad de una trascendencia inmanente en la existencia.

3. Este monolitismo de la existencia lleva consigo el monolitismo de la estructura social. Sobre este punto, también el cristiano da testimonio.

La consecuencia directa de un sistema que se presenta como solución radical del problema del hombre, que pretende sustituir toda religión y toda filosofía, es construir, la sociedad de manera monolítica, porque confisca lo absoluto.

a) En estas condiciones el problema de la participación política se plantea en términos que la hacen casi sin solución, y sin esperanzas de solución, mientras no cambia el espíritu y la doctrina. La participación política del pueblo en los países socialistas es la más reducida que hay: el pueblo no puede expresarse a través de las elecciones (hay un solo candidato) a través de un plebiscito (no hay), a través de una participación en las decisiones políticas (no hay mecanismos previstos). Incluso no puede expresarse directamente por las organizaciones sindicales (los sindicatos son una correa de transmisión), por huelgas (el derecho de huelga no existe y no tiene sentido según la doctrina oficial). El único intérprete: el Partido. No está previsto un error del Partido en la interpretación de la voluntad del pueblo. La única salida que queda al pueblo para expresarse es la explosión violenta, como en Hungría (1956) o en Checoslovaquia (1968): en este último país, los dirigentes soviéticos han pensado con razón que los dirigentes replanteaban a fondo la doctrina marxista misma (no en su crítica del capitalismo, pues nadie quería retro

ceder al capitalismo, sino en su concepción mesiánica): del punto de vista marxista, se justifica plenamente la ocupación del país por las fuerzas armadas rusas.

Es verdad que tenemos un ejemplo socialista de rechazo a este monolitismo del partido: la revolución cultural en China. Hubo, durante este período, una organización sistemática de las masas contra la burocracia del partido. Pero no hay que olvidar la autoridad omnipotente de Mao. El monolitismo de las masas en la mano del gran leader, reemplazó el monolitismo del partido (de manera durable o durante una fase?) sin que se organice una verdadera participación política.

En cuanto a la autogestión yugoslava, constituye una experiencia nueva dentro del socialismo, pero es condenada como pequeño-burguesa por los soviéticos y sobretodo por los chinos, y no cambió en el régimen político que queda conforme con el modelo marxista clásico.

b) El otro problema que se plantea también en términos insolubles es el de la pluralidad cultural o solamente de la vida cultural. Son conocidos los numerosos procesos a los intelectuales, (ver el caso reciente de Solshenitsin) que de ningún modo quisieran retroceder al capitalismo, sino que piden una libertad de expresión necesaria a la cultura. Pero hay que ver que lo que se obstaculiza es toda forma de pluralismo en la existencia misma. La penetración de la política en todos los aspectos de la existencia, aún íntima, aún en el domicilio, es conocida. Se sustituye así un clima de miedo al clima de libertad, con el background de los campos de trabajo, de las clínicas psiquiátricas, o de las cárceles de reeducación. Todas consecuentes lógicas de una doctrina que se presenta como agotando la verdad del hombre. Ninguna legítima defensa de la clase oprimida puede justificar dichos métodos.

c) Por fin y por supuesto, la libertad religiosa, reducida a la libertad de la conciencia y a la libertad del culto, se encuentra muy estrecha. Sobretodo esta reducción del cristianismo al recinto individual de la conciencia o de los edificios del culto, lo alteran en uno de sus aspectos fundamentales. La persecución abierta, o, por lo menos, la discriminación (como en Cuba) de los individuos por sus creencias religiosas limitan también el alcance de la libertad concedida.

Quizás, ante estas conclusiones de una observación atenta de los países socialistas, uno podrá decir que el marxismo es susceptible de evolución. Siendo uno de los primeros en afirmarlo en mi libro "Marxismo y humanismo" (1951) cuando reinaba Stalin, no niego la posibilidad de una evolución. Pero sobre los puntos señalados, no se observa ningún signo de cambio en la doctrina, y sólo algunos pocos signos de cambio en la práctica, por ejemplo, en los países socialistas, la apertura de la frontera a los extranjeros (con excepción de China) pero no a los ciudadanos rusos.

Es esta "dialéctica de clase" de carácter materialista, con todas sus consecuencias, la que no puede aceptar un cristiano en el marxismo. Ciertamente es que el materialismo y la dialéctica de clase rigen en nuestra sociedad, lo hemos visto, por la negación de los derechos fundamentales de una clase social. Pero este hecho obvio no justifica, a los ojos del cristiano, la inversión de valores que está explícita en el materialismo dialéctico. Al contrario, la afirmación de una norma de justicia y de reciprocidad en las relaciones humanas fundamentan la verdad del marxismo.

Conclusión. "El comunismo resuelve el problema del hombre..." quizás, la famosa afirmación de Marx puede ayudarnos a determinar los términos de un diálogo auténtico.

El cristiano no resuelve el problema político y sabe que no lo resuelve. No entrega una solución política.

El comunismo no resuelve el problema del hombre en su globalidad, y sabe que no lo resuelve. No entrega la salvación del hombre.

Hay mucho por hacer para que tanto el cristiano como el marxista se convenzan mutuamente de estas verdades.

Pero pensamos que un diálogo auténtico supone ésta humildad recíproca, esta limitación de su pretensión por parte de la Iglesia como por parte del marxismo.

Solo si uno u otro respetan su espacio propio, y los límites de su espacio, puede haber una relación auténtica es decir, si cada uno acepta la verdad del otro, y acepta modificar su propia perspectiva en función de esta verdad, con todas las consecuencias que ésto implica.

En otras palabras, hay una verdad política del marxismo. Hay una verdad humana del testimonio cristiano ante el marxismo. Estas conclusiones determinan una línea de acción. El cristiano -o toda persona consciente de todas las dimensiones del hombre- tratará de coincidir con la verdad política del marxismo (realidad de una estructura de clase en la sociedad - meta de una sociedad sin clases- organización de una acción de clase, a veces por la fuerza al servicio de la justicia, sea por presiones dentro de una sociedad donde hay una clase dominante, sea con el apoyo del poder en una sociedad con estructura nueva), pero tratará también de coincidir con la verdad humana de su fe cristiana, rechazando no solamente la nueva definición de una moralidad y la politización de toda la existencia, sino también la estructura monolítica de la sociedad.

Esta conclusión toma más peso si se considera el afán de libertad que se observa en América Latina sobre todo en los países más maduros políticamente. Se puede pensar que la opción por la dictadura del proletariado es en América Latina, una solución desesperada, una solución importada que no conside-

ra la idiosincracia de los latinoamericanos, una solución de abandono de la verdadera lucha.

Aquellos que recurren a esta solución corren el riesgo de no construir lo que se puede construir en la libertad -y de no lograr tampoco establecer la dictadura que rechazan los latinoamericanos y si logran establecerla, de estar reducidos al papel de ejecutores silenciosos sin ninguna participación.

Si por su parte, el marxista aceptara cuestionar la doctrina marxista-leninista en sus negaciones, lo que daría toda su dimensión a sus afirmaciones, lejos de traicionarlas, en este caso se levantaría una esperanza en América Latina, porque los cristianos encontrarían en los marxistas hombres que puedan reconocer su verdad, y los marxistas en los cristianos, hombre que puedan ayudarles en su empresa, liberada de la hipoteca de la dictadura, de manera libre y responsable. Seguramente, hay mucho camino que recorrer por ambos lados para llegar a este diálogo. Mientras tanto, el cristiano tiene que ser leal, no inventar un marxismo a su gusto, y reconocer también las fallas de su Iglesia, tratando de preparar así el advenimiento de una nueva sociedad que no corresponderá ni al molde marxista de dictadura, ni al molde de aquellos que no han percibido todavía a fondo la necesidad de romper la estructura de clase.

En estas condiciones, es inevitable que cristianos busquen soluciones independientemente del marxismo, no pudiendo enfocar una colaboración sin graves reservas. Los grados de independencia y de colaboración pueden ser distintos y no es la función de la Iglesia de definirlos. Su misión es "dar testimonio de la verdad", de la que reconoce en el marxismo y de la que tiene su fuente en lo esencial de su fe.